

**Julieta Marchant** (Santiago de Chile, 1985). Licenciada en Literatura por la Universidad Diego Portales. En el año 2008 obtiene la beca de la Fundación Pablo Neruda, y se desempeña como productora general de la revista literaria *Grifo*. En el año 2009 organiza, junto a Alexia Caratazos, el ciclo “desbordes: encuentro de arte femenino”; dirige la revista *Grifo*; y publica su primer libro de poesía: *urdimbre* (Valparaíso: Ediciones Inubicalistas, 2009). Actualmente trabaja en la Universidad Diego Portales y cursa sus estudios de Magíster en Literatura en la Universidad de Chile. Estos poemas son parte de una plaquette llamada *Té de jazmín* que será publicada durante el 2010.

### **Té de jazmín** (fragmento)

1

Las viejas teclas de un piano, el pedal como una huella  
anclándose a las terminaciones de la que pareciera ser la última nota.  
En la música están las señales, en el ritmo interno que raudo recorre  
la ciudad, el territorio de lo ajeno que hicimos propio  
perdidos y abiertos a las metáforas que decían viento, agua o nube.  
Lo perpetuo o lo fugaz, ya no importa,  
las diferencias tenues, las historias construidas en la arena  
que cayendo sobre sí formaba olas simultáneas, el oleaje de la arena  
su composición misma, ya no importa.  
El día es uno solo, inmutable y desbordado recibe los golpes  
de los árboles arqueándose y simulando la forma de los sauces,  
la memoria de los sauces, sus enormes biografías intactas,  
atados a la tierra, anclados al costado de los ríos, signos de líneas divisorias,  
mensajes de pérdidas, ya no importa. Ni la lluvia,  
ni tu mano, una sola de tus manos resistiéndose al diluvio,  
la negación absurda a las huellas en el cuerpo,  
la palabra falta que cargamos unida a los tobillos  
y que intentamos desarmar arrastrando los pies por el cemento.

La ciudad es inmensa, pero vista desde afuera,  
vista desde arriba, exhibe pequeños tajos. Desde sus fisuras  
emerge el sabor del té que bebimos lentamente, como si la respiración  
se fuera en eso, en beberlo, hasta dejarlo enfriarse  
bajo la sombra de un ciruelo silencioso, un ciruelo que dibujado a pulso  
perdió su figura original, ya no importa.  
Como tu mano, la mía resistió entre la nieve,  
falta del resto, resistió mutilada y certera en un paisaje blanco  
que será agua alguna vez, humedad en el barro.  
La ciudad es inmensa, pero vista desde atrás, desde su amplia espalda,  
alcanzamos a negar los recorridos habituales, la circularidad del día,  
salir, estar, entrar, estar de nuevo, regresar a la cueva negra  
del día agotado en sí mismo, urdido en su propia materia.

Desde su amplia espalda, lo desgranamos, descomponiendo sus maneras,  
desatamos sus puntas como diciendo nube, como diciendo merodeo en el aire,  
como diciendo centro despuntado, ya no importa.

Esta música lenta que aletarga los extremos del cuerpo,  
esta música contiene las señales. Si abrimos la carne,  
emergerá desde los huesos, dispuesta a enrostrar las sinuosas verdades que esconde.  
Sus curvas recatadas, como la sombra de alguien que se cubre con los brazos,  
las posibilidades de exceder su tiempo, ya no importa.  
De golpe retorna la imagen de tus manos comparándose con el espacio  
que ocupaban las mías en el mundo, de pronto regresa el espejo  
desde el cual descubrí breves lunares habitándote, cediéndose lugar entre sí.  
Visto desde lejos, como la ciudad inmenso pero fisurado,  
de ti brota una ola que girando lanza retazos de cómo te recuerdo,  
ya no importa la memoria, las voces exigiendo motivos que he perdido,  
el golpe que, desde adentro, marca una música en un cuerpo ahora ajeno y desgarrado,  
injerto de su propia debilidad, no importa  
la lluvia a la que celas, cuando rabiosa azota y moja lo que no consigues,  
ya no importa la imagen de un jardín, el único jardín en el mundo  
que era una ciudad, una mujer quedándose, una sombra  
que en su apertura dejaba colar cuatro o cinco líneas de luz. No importa ya,  
el océano de días ensanchados, sus minúsculas eternidades,  
el reverso del tiempo develando la fragilidad, su hechura siempre a contrapelo,  
el camino pedregoso y áspero, el camino nos encostra, importa poco  
cuánto anhelamos traer del viaje, el deseo importa nada, cayendo y rodando  
en esta música el deseo.

A pesar de los paisajes que dibujados contemplamos, en tonalidades grises los cuerpos, el rostro de alguien encontrándose en un rostro otro, el esbozo del deseo animal que arrancaba el aire, que con furia botaba edificios y estructuras de metal, a pesar del viento en los surcos, de las palabras que en sus líneas simples ampliaste haciendo vastos terrenos, ya no importa, esta frase que se repite, no desde mi mano o desde la escritura que inscribo, esa frase entrometida que deambula indiferente y monótona, el pulso de esa frase, la ilusión de que suena diferente cada vez que es escrita, ya no importa tu lenguaje agrietado, sus curvas y texturas.

Mirar tu casa vacía desde aquí, esa casa de vidrio que como un cuerpo transparente exhibe su estómago. Contemplar tu casa tomada por todos los objetos que alguna vez te rodearon y que ahora abandonaste, tus pertenencias naufragando en el centro de la casa acuario, intentando salvarse se agrupan para reconocerse en lo que antes cargaron de ti. Suturo desde afuera los olvidos tuyos, los bordes de los libros que florecen, los lápices despuntados, una taza oscurecida por dentro, tus papeles voraces comiéndose la mesa, la ventana entreabierta por la cual se desliza la tarde naranja y violeta, otra tarde sobre las demás, todas las tardes en ésta. Las suturo, desde sus cicatrices las hilo, el día es uno solo, ya no importa. Destejada tu materia en esa casa que creí nube por estar más arriba que las otras, desprovista de raíces pero arriba, girando a veces sus muros delgados dejándose atravesar por el deseo del giro otra vez no importa nada, tu casa liada a tus rituales, varada al anhelo impreciso de transformarse en un jardín.

Repentinamente la maleza, en el precario espacio entre la pared y los cuadros, la maleza invadiendo vacíos cotidianos, primero el verde íntegro, después musgo y húmedo dejándose entrever por las orillas de las cosas que olvidaste, el verde con su inmensa presencia, completo y minucioso, clavándose entero en las repisas enfiladas, hiriendo el suelo y la alfombra, penetrando las capas de pintura, los ángulos que unen el techo y las murallas. Tu casa ya no es tu casa, la visión del verde en sus posibles tonos, una escala de colores avanzando hacia lo opaco, desde su urgencia arrolladora irrumpe, rebasa los objetos muertos, la quietud de una ciudad privada, ya no importa. A pesar de la inclinación por los jardines, de la imagen que vigilo en todos sus detalles, a pesar del relato subterráneo tejiendo y aunando tus vestigios, la maleza finalmente es eso un jardín excedido, un jardín conquistado por el abandono.